

INCENDIAR LA PRADERA.

UN ENSAYO SOBRE LA REVOLUCIÓN EN EL PERÚ
DE JOSÉ LUIS RÉNIQUE. EDITORIAL LA SINIESTRA
ENSAYOS, LIMA, 2015, 227 P.

Kenny Acuña Villavicencio

¿Cómo entender la revolución desde el Perú? ¿Cuáles fueron las tradiciones o ideas que se desarrollaron en torno a tan complejo tema a lo largo del siglo veinte? ¿Por qué esta máxima marxista se convirtió en un sueño para algunos y en una pesadilla para otros? Estas inquietudes son resueltas a lo largo de este ambicioso trabajo. Para ello, el autor intenta transportarnos como bitácora a los umbrales del pensamiento peruano para descifrar los orígenes de “tradicción radical” y sus implicancias políticas. Pero, la tarea no queda allí, su propósito, además, es demostrar que la revolución en un inicio no solo fue un recurso académico sino el principio epistémico de una pléyade erudita y ciudadina que llegó a cuestionar una sociedad delimitada por el *progreso*. En esta senda hubo momentos de irrupción en el que las ideas ya materializadas motivaron “gestos heroicos”, pero también culminaron en desencuentros que provocaron “ríos de sangres”: nos referimos a la “larga marcha” realizada por las guerrillas y la “guerra popular” impulsada por Sendero Luminoso.

El iniciador de este corolario de tradiciones y radicalismos fue el anarquista Gonzales Prada, quien dio por hecho que la Guerra del Pacífico (1879-1893) había expuesto a los enemigos del “verdadero Perú”. Para el llamado “apóstol del radicalismo” se trataba de una oligarquía que, en su afán de seguir el proyecto *arielista*, carecía de una plataforma política liberadora y más allá de pensar en la articulación de un Estado-nación llegó a postrar secularmente a un sector del país conocido como “nuestros indios”. De este modo,

el obrero como el campesino eran pensados como sujetos opuestos y sometidos a procesos de dominación disímiles.

Por supuesto, esta diferencia social estableció cierta polémica en torno a la *clase* y la *lucha de clases* en el Perú. En este caso, quienes asumieron dicha preocupación fueron José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, dos intelectuales marxistas y activistas políticos que llegaron a remecer las ideas conservadoras y poner en movimiento el pensamiento político revolucionario. Mariátegui sostenía que la revolución debía ser entendida a partir de las contradicciones de un *estado gamonal* y sobre esta base se tenía que ubicar al indio en la historia de la lucha de clases. En cambio, Haya señalaba que debía prevalecer la alianza estratégica entre dirigente/subordinado y crear condiciones políticas de liberación del continente indoamericano. Para él las clases medias encabezarían la lucha contra la opresión porque, a diferencia de un campesinado que era el más agredido por el imperialismo, se encontraban en la capacidad de suscitar transformaciones sociales.

Cabe señalar que este debate quedó a medio camino, pues, llama la atención que entre los años treinta y sesenta existiera una gran ausencia de ideas y argumentos en torno a la revolución. Por ello, dice Rénique que en este periodo la tradición radical fue hostigada por una Patria Criolla que negaba la existencia de los derechos civiles y universales, pero que encontró eco en los poetas y novelistas. Arguedas, por ejemplo, a través de *Todas las sangres* sentenciaba que las voces subalternas exigían al criollismo estatal la necesidad de construir un país más allá de sus diferencias y contradicciones. Pero el poco interés por sus palabras lo llevarían a tomar decisiones fatídicas, demostrando de este modo la internalización de la dominación hasta en los espacios psíquicos.

En consecuencia, finalizada esta opacidad el tema de la revolución volvería a actualizarse en las figuras guerrilleras de Hugo Blanco, Luis de la Puente Uceda y Héctor Béjar. Para ellos, las contradicciones sociales como el sometimiento del campesinado daban razones suficientes para agitar la resistencia desde el campo y deponer la dominación de la oligarquía. Se trataba de un momento en el

que la lucha armada era entendida como baluarte de emancipación y, sobre todo, respondía a todo un movimiento de resistencia *foquista* llevada a cabo en Latinoamérica. No obstante, estos levantamientos tendrían un breve periodo y serían sometidas por las fuerzas del orden durante los regímenes de Prado y Belaunde.

Para el autor de *Incendiar la pradera* si bien el Estado había alcanzado una notoria victoria sobre aquellos que impulsaban cambios en nombre del campesinado, la lucha armada había quedado impregnada en la memoria de la sociedad y los partidos de izquierda. Obligados a asumir otras estrategias, la “larga marcha” empezaba a abandonar la clandestinidad y considerar que la conquista del poder se podía reanudar desde el ámbito legal. Esta decisión fue ampliamente amparada por el régimen militar de Velasco y oficializada con Morales a través de la Asamblea Constituyente de 1979. Escenario donde la izquierda decidió ahogar las trincheras de combate y optar por la contienda electoral. Sin embargo, como dice Rénique prevalecería de nueva cuenta las diferencias y la revolución volvería a ser el cuerpo central de la lucha de clases. Esta polémica fue anunciada por Sendero Luminoso quien, a inicios de los ochenta, había anunciado el inicio de la “guerra popular” no sólo contra el viejo Estado sino contra todo aquello que la legitimaba.

La tradición radical ya no era pensada desde una “ciudad letrada” sino desde una provincia culterana donde un séquito intelectual de Ayacucho, bajo el liderazgo del Presidente Gonzalo, supo canalizar la rabia del campesinado contra el Estado-terrateniente-capitalista que había postrado los sueños del mundo andino. Pero, a diferencia de las experiencias pasadas, este partido se creía superadora de las luchas vanguardistas, porque asumía que la *forma partido* y el sujeto invadido por la doctrina pura y radical eran los ejes en los cuales se movía la revolución popular. A partir de este fetiche los senderistas impulsaron una resistencia armada equilibrada que, en lugar de emancipar al pueblo, terminaría agrietando la política y generando una de las masacres más telúricas entre los peruanos.

¿Pero, acaso la revolución no está impregnada por una necesaria “cuota de sangre”? La respuesta es compleja, pero lo cierto es que esta resistencia armada fue alimentada discursivamente por un rotundo rechazo a una tradición autoritaria de cuño colonial que no fue remendada sino reactualizada por el Estado. Por ello, señala Rénique, Sendero nació desde “dentro” y en “contra” de la historia. Y esto no es poca cosa. Se trató de la exteriorización de una forma de lucha que no sólo cuestionó la dominación estatal sino que los recuerdos de opresión fueron imprimiéndose de ira y venganza. Ante esta exaltación el Estado tuvo que hacer denodados esfuerzos para restablecer el orden y reestructurar las relaciones mercantiles. Esto hizo que la represión de la mano de Fujimori se convirtiera en la norma y terminara en un torrente de sangre cuyo resultado fue la desaparición de más de 70 mil personas.

El autor sostiene que este hecho pasó desapercibido por algunos estudiosos como McClintock, Palmer y Starn: pues, ellos en su afán de clasificar a Sendero como un movimiento singular, desbordado por la “crisis de subsistencia” y su “ensimismamiento” olvidaban que esta rebeldía estuvo anclada a un pasado de opresión. Este era el “enigma” del tropiezo para entender la revolución desde los andes. La historia debía ser vista no como un *continuum* de hechos sino como un acontecimiento catastrófico que fue permeando y dando razón de ser a la sociedad peruana. Asimismo, insiste Rénique que un “autoexamen” del proceso de guerra y violencia difícilmente podría llevarse a cabo, sobre todo si viene de parte de los rendidos; muchos menos ésta se daría cuando hay de por medio una imagen purificada de la sociedad, refiriéndose a *Marca Perú*. Es decir un montaje político desde el estado empresario que no hace sino soterrar la memoria política y señalar que nos encontramos en tiempos de mercado y de respeto a ese gran Otro negado.

No podemos abandonar estas hojas sin antes preguntarnos nuevamente ¿Y cómo entender la revolución, hoy? La sugerencia de Rénique es un tanto inquietante y, claro, esto se debe a la complejidad del tema. La solución es que ésta debe ser abordada bajo una nueva tradición radical, en otras palabras, la izquierda (inte-

lectual) tiene que ser capaz de crear un discurso actualizando que implique el reconocimiento de las experiencias emancipadoras. Pero, justamente, nos preocupa el hecho de que la izquierda, como está anunciado al final del libro, llegue a elaborar “verdaderos” planes de gobierno de sentido popular. Nos parece que allí existe una peligrosa propuesta, pues, la revolución vista así quedaría reducida a una plataforma de lucha institucionalizada; en ese sentido, lo actualizando no serían los pensamientos libertarios más renovados existentes desde los tiempos del apóstol del radicalismo sino la tradición de la lucha pensada en términos clásicos. Aquella que provocó tanta nostalgia al pueblo peruano ¿no?

